

Dimitri

El pibe del nombre raro le decíamos. Dimitri no había arrancado con nosotros ese tercer grado en el *cole* de los curas tomando distancia a pleno rayo del sol de marzo. Al parecer el papá trabajaba en una embajada de uno de esos países que hoy ya no existen. Cuando volvimos de las vacaciones de invierno nos encontramos con ese intruso que había venido a perturbar nuestra vidas. El hermano Román nos lo presentó, pero nosotros lo ignoramos desde el momento cero. Pero el cura no sabía que nuestros corazones habían bajado las persianas y ya no aceptaban nuevos socios. En el grupo ya éramos todos amigos, los que veníamos de jardín de infantes como los que fueron incorporándose a través de los años, pero Dimitri era un marciano que aterrizaba en nuestro planeta en el momento justo que no estábamos preparados para admitir a un nuevo compañero.

El pibe no hablaba con nadie, solo pudimos conocer su finita voz el día en que la señorita Mariana, con su tiza en mano le preguntaba:

—¡Alumno Vasíliev! ¿podría ordenar de mayor a menor los números que acabo de escribir?

Dimitri había reaccionado como si le hubiesen tirado un balde de agua helada mientras dormía una profunda siesta. Recuerdo que empezó a leer, dígito por dígito, los números que estaban escritos en el pizarrón sin respetar en absoluto la consigna. Al principio me dio lástima, pero cuando Claudio, el hijo del mecánico, empezó a reírse a carcajadas el resto lo seguimos con aullidos y zapateos. Todos nos sumamos al desorden sin compasión. Y así fue, como cada vez que el chico abría la boca, la anarquía se apoderaba de la clase.

En el recreo todos jugábamos a la mancha venenosa, o a las figuritas y Dimitri nos miraba desde lejos, como si fuéramos una jauría de perros rabiosos dispuestos a destrozarse su blanca piel a mordiscones.

Pero un día sucedió la metamorfosis. Como salido de una galera su personalidad había cambiado por completo. Ya no era el mismo que habíamos visto entrar de la mano de una señora rubia con sombrero cagado en las patas, ya no era el chiquito retraído y calladito que habíamos ignorado durante meses, ya no era el mismo que el cura Román nos había presentado para que lo aceptáramos como buenos cristianos e hijos de Dios para que este hermanito que venía de tierras lejanas sea aceptado.

De la noche a la mañana Dimitri se había convertido en un cabecilla, un pequeño piel de Judas que no perdía oportunidad para hacerse notar alcanzando la admiración de todos. Era como si Clark Kent hubiese abandonado su traje de reportero en un basurero para convertirse en Superman, pero no un Superman que venía a salvar al mundo sino a destruirlo.

Al principio la señorita Mariana, no le llamaba la atención. Viendo a la distancia, siendo yo una persona adulta y responsable intuyo que nuestra querida maestra habría pensado que sus actos de rebeldía formaban parte de un proceso de adaptación y que debía tenerle una cuota de paciencia. Pero a los pocos días, la *seño* tuvo que cambiar la estrategia, se había dado cuenta, sin mucha reflexión, que tenía un líder revolucionario en medio de la clase y que si no tomaba medidas ejemplificadoras se le iba a desmadrar por completo el curso.

Las tizas volaban todo el tiempo hacia los cuatro puntos cardinales del aula y siempre el instigador era Dimitri. Era el que tiraba

la piedra y escondía la mano, el que encendía la mecha del caos y le tiraba nafta para que se incendiara todo. Y lo más gracioso era que nos hacía divertir como locos cuando mandaban en penitencia a alguno que atrapaban con las manos en la maza o cuando le pedían el cuaderno de notificaciones a un gil para ponerle una mala nota. Tenía la misma risita de Patán, el de los autos locos, se tapaba la boca y se descostillaba de risa contagiándonos a todos. Pero un día las cosas pasaron a mayores.

Esa mañana Dimitri nos junta en un rincón del patio al Claudio y a mí. Tenía un plan perfecto y nos necesitaba.

—Cuando salgamos para el segundo recreo vayamos al laboratorio —fue la orden que no debíamos olvidar.

Los de secundaria habitualmente se olvidaban de cerrar con llave, por eso tuvimos la suerte de encontrar la puerta abierta. Agazapados, nos metimos y nos ocultábamos detrás de las mesadas de los microscopios. Dimitri nos fue guiando hacia la vitrina del fondo donde estaban los elementos de química. Abrimos una caja enorme de madera. Adentro estaba llena de tubos de ensayos con sus respectivas tapitas de goma. Él los fue sacando y nos los daba con sumo cuidado. Los tres fuimos guardándolos en ambos bolsillos del delantal. Entre los tres habíamos juntado como treinta, treinta éramos los alumnos de ese tercer grado “B”. Al culminar la última clase nos quedamos un rato para que Dimitri pudiera guardar todos los tubos en su valijín.

A la mañana siguiente Dimitri entró al colegio como si hubiera sido condecorado por el mismo Papa. Se lo veía exultante, con ganas de culminar el plan. La ansiedad le salía por los poros.

Cuando llegó el primer recreo salió al patio con la valija y empezó a repartir los tubos de ensayos a todos los compañeritos, pero esta vez

los tubos tenían un líquido transparente que según él nos daría superpoderes. Se veía como agua. Solo Anselmo que era un *chupacirio* no quiso tomar esa poción. Yo hice fondo blanco, como buen macho que era por esos tiempos. Al volver a clase me sentí un poco mareado. De pronto vi que en el frente había dos señoritas Marianas. Algo raro estaba pasando, el piso se movía, era como si un terremoto estaba ocurriendo en la escuela. Claudio, mi compañero de banco, vomitó encima del cuaderno de matemáticas. El resto, menos Anselmo, se bamboleaban como muñecos. La *seño* empezó a los gritos y a llorar como una desquiciada. Pensé que le había agarrado un ataque de nervios. Decía que estábamos borrachos y no entendí.

Efectivamente, estábamos todos borrachos, ya que, bajo amenaza de expulsarnos a los tres, Dimitri confesó. El líquido transparente de los superpoderes no era otra cosa que Vodka del Báltico que había extraído de unas botellas que su padre tenía guardadas desde su traslado. El cura mandó llamar a mi vieja, al papá de Claudio y también a la mamá de Dimitri. En la dirección nos enjuiciaron como si fuéramos los mafiosos de Al Capone en los años de la ley seca. La mamá de Dimitri con su habitual sombrero no decía nada, solo miraba a su hijo con ojos de rayos X. El cura Román, con su dedo en alto, no paraba de decir que nos iríamos al infierno si no nos arrepentíamos y así poder borrar nuestro pecado.

Estuve dos meses en penitencia, no me dejaban ver lo dibujitos de la tarde y también me cortaron las monedas de los vueltos para poder comprar figuritas. Juro que fue terrible, fue el peor castigo que pude soportar.

Para los curas, Dimitri se había transformado en el mal parido hijo de Lucifer oriundo de un país comunista y nunca más lo volvimos a ver. Nadie nos dio una explicación, tanto a Claudio como a mi, nada nos parecía justo, al fin y al cabo, lo que habíamos hecho era simplemente una más de nuestras travesuras. Hasta el día de hoy, no supimos que fue de la vida de nuestro amigo del nombre raro, si lo habían echado o si habían repatriado a sus padres a ese país que hoy ya no existe. Lo único que supimos fue que Dimitri, a todos nosotros, había sembrado en nuestras almas esa diminuta semilla llamada maldad.

Fin